



## CAPÍTULO II.

### EL INDIVIDUO Y SUS DEBERES.

#### § I.—Progreso religioso.

##### N.º 1.—¿Hay un progreso religioso?

###### I.

El hombre tiene derechos y deberes. La religión y la moral le dan á conocer los deberes que ha de cumplir consigo mismo y con los demás. ¿Hay progreso en la doctrina de los deberes? El progreso religioso es evidente, y por nadie, en cierto sentido, negado. Compárese el cristianismo con las religiones paganas, y fuerza será confesar que la *buena nueva* ha realizado un inmenso progreso, no solamente en el dogma, en la teología, sino también en la vida religiosa. ¿Quién se atreverá á poner en parangón la unidad de Dios con el politeísmo, la fraternidad cristiana con la división rencorosa que engendran los cultos nacionales, la pureza interior del cristiano, cuyo ideal es ser perfecto como Dios, con la vida exterior del pagano, que sólo para el placer parece vivir? Sin duda este cuadro tiene reverso, las supersticiones del cristianismo; pero las creencias supersticiosas ¿no son una herencia de la idolatría antigua? ¿Y no es el Cristo el responsable?

Pero no, la superstición, en lugar de aumentar, va disminuyendo. Tan cierto es esto, que los hombres que confunden la religión con la superstición dicen que la religión se va. No se va, se transforma. ¿Por qué vías esa transformación se realiza? Aquí comienza la duda, ó, por lo ménos, el conflicto de opiniones diversas, contradictorias. Los partidarios del cristianismo tradicional refieren el progreso realizado por Jesucristo á una revelación sobrenatural, milagrosa, mientras que los libres pensadores y cuantos mantienen los derechos de la razón dicen que ese progreso se debe á la humanidad iluminada y guiada por la inspiración divina. ¿Dónde está la verdad? ¿En la revelación milagrosa? ¿En la revelación progresiva por mediación de la conciencia humana? Para nosotros no hay cuestión; pero los cristianos repiten, por su parte, otro tanto. Es decir, que el debate no tiene término en el terreno de la fe. Fuerza es que nos coloquemos en el terreno de la historia. Siendo el progreso un hecho, la historia es la que debe enseñarnos si hay progreso, y, en caso afirmativo, cómo se realiza.

Por haber descuidado el estudio de los hechos,

se han equivocado igualmente el cristianismo tradicional y la filosofía. Los cristianos creen que el progreso religioso se ha cumplido por medio de revelaciones sucesivas, las de Moisés y Jesucristo, porque ignoran que la tradición cristiana ha tenido sus precursores en la antigüedad pagana, que el pueblo de Dios ha sido iniciado por los Gentiles, y que esa iniciación ha aprovechado al mismo Jesucristo. Los filósofos, por su parte, hacen á la religión responsable de las supersticiones que la manchan, llegando algunos á decir que el progreso consiste en no tener religión. ¡Singular progreso que mutilaría la naturaleza humana, despojándola de sus más altas aspiraciones! En cuanto al progreso religioso, tal cual los ortodoxos lo conciben, es evidentemente irrisorio. El progreso implica un desenvolvimiento de las fuerzas individuales, y, por consiguiente, la acción del individuo sobre sí mismo. Sin duda está ayudado por Dios, inspirado y guiado por la Providencia divina; pero la gracia y el gobierno providencial no impiden el libre curso de la actividad humana. Lo que se excluye es toda intervención sobrenatural.

Dejemos á un lado las discusiones teológicas y consultemos la historia. Estamos en presencia de una tradición religiosa que niega el progreso religioso y de una filosofía que niega hasta la religión. Los hechos nos enseñarán, por una parte, si la religión cristiana no debe nada á los progresos incontestables realizados en el seno del gentilismo sin el auxilio de una revelación sobrenatural; por otra parte, esos mismos progresos servirán de respuesta al ateísmo filosófico. Á los que niegan el movimiento de la tierra se les prueba que la tierra gira alrededor del sol. Á los que niegan la religión se les probará que el sentimiento religioso va depurándose y perfeccionándose sin cesar. Luego ¿cómo ha de perderse una facultad que se perfecciona?

###### II.

Hay creencias fundamentales que constituyen la esencia de toda religión. La más importante es la concepción de Dios. En el mundo oriental, el panteísmo reina casi universalmente: es la doctrina de los brahmanes y de los budhistas. La tradición cristiana, por el contrario, enseña que hay un Dios distinto del mundo de que es creador. Esta

idea impide toda confusión entre Dios y el hombre; si la humanidad se aproxima á su autor, no es para confundirse con él, sino para aspirar en su origen divino un ideal y un apoyo. ¿Esta concepción fué comunicada á Moisés por medio de una revelación sobrenatural? Los ortodoxos así lo creen, como punto de fe. Por nuestra parte, sostenemos que esa es una cuestión de hecho. Si la noción de un Dios creador sólo se encontrara en la ley de Moisés, pudiera suponerse que la debió á una inspiración sobrenatural; pero si encontramos la misma creencia en pueblos que se llaman idólatras, que no han recibido relación directa de Dios, habrá que confesar que la humanidad, por la sola fuerza de la razón y auxiliada por Dios, ha descubierto una verdad que constituye la esencia del mosaísmo y del cristianismo. Desde luego, la religión entra en el dominio del progreso; la revelación milagrosa es inútil, quedando simplemente reducida á una hipótesis de que la historia no debe ni siquiera ocuparse. Todo se hace humanamente: la religión se perfecciona, como todos los elementos del espíritu humano.

Pues bien, la historia nos enseña lo que los ortodoxos ignoran y desdeñan saber. El Egipto, largo tiempo oculto en sus santuarios, era un misterio tan impenetrable como sus jeroglíficos. Últimamente empiezan á descifrarse; aún quedan algunos puntos oscuros, pero seguramente cuando todo se aclare se disiparán muchas ilusiones acerca de la sabiduría sacerdotal. Lo cierto es que hay un punto sobre el cual están de acuerdo todos los egiptólogos, sea cual fuere la escuela á que pertenezcan: todos afirman que al dios supremo de Egipto, Ammon-Ra ú Osiris, se le designa como Dios creador del universo en numerosas inscripciones. Este descubrimiento de la ciencia moderna está en armonía con lo que refieren los antiguos acerca de las creencias religiosas del Egipto. Herodoto refiere que los Egipcios pretendían haber sido los primeros que enseñaron la inmortalidad del alma. San Agustín va más lejos todavía y dice que fueron los únicos entre los antiguos que creían en la resurrección. Ello es que la vida individual del alma que admitían excluye toda idea de panteísmo (1).

Moisés ¿tomó el dogma de un Dios creador del

(1) Véanse los testimonios en mi *Estudio sobre el Oriente*.

sacerdocio egipcio? Sobre este punto aún no tenemos más que probabilidades. Todos los egiptólogos dicen que hay sorprendentes analogías entre la cosmogonía de los Egipcios y la de Moises. Los Padres de la Iglesia habían indicado ya las considerables relaciones que median entre las instituciones religiosas de los Egipcios y de los Hebreos. La semejanza, y, por consecuencia, la asimilación, ¿se habrán limitado al culto? Imposible, porque el culto es la expresión de una concepción teológica. La cosmogonía toca aún más de cerca á la noción de Dios. Es más que probable que haya un lazo de filiación entre el Egipto y Moises. Poco importa esto, después de todo, en lo que se refiere al progreso religioso; lo esencial es que los Egipcios se hayan elevado á la noción de un Dios creador, sin el auxilio de una revelación sobrenatural. Este es un hecho histórico irrefutable, y nos basta. El progreso religioso es, pues, constante.

Los grandes reveladores, aunque toman siempre del pasado su punto de partida, lo transforman; así es como se realiza el progreso continuo de la humanidad. ¿Cuál es el principio nuevo que Moises ha traído al desenvolvimiento de la religión? "Yo soy el Eterno, tu Dios, dice Jehová, y no tendrás otros dioses delante de mí, ni fabricarás ídolos, ni te prosternarás ante ellos para adorarlos." Moises es el primer legislador de la antigüedad que hace de la unidad divina el dominio común de una nación, y en esto sobresale sobre el sacerdocio egipcio. A pesar de la sabiduría de que se vanagloriaban los sacerdotes, el pueblo sobre el cual dominaban permaneció entregado á la más grosera idolatría, practicando ellos mismos un culto que implica el politeísmo. Con Moises, la creencia de la unidad divina cesó de ser el privilegio de algunos hombres, para encarnarse en una nación y convertirse en el fundamento de su existencia.

El mosaísmo contiene en esencia los dogmas cristianos. ¿Por qué entonces cede al cristianismo? Cuando Cristo vino á predicar la *buena nueva* á los Judíos, el pueblo elegido no le comprendió. No concebía la unidad sino por el mosaísmo; así que, en vez de hacerse cristiano, pretendía que todas las naciones se hiciesen judías. Era esto un imposible, por cuanto se hubiese necesitado que todos los pueblos abdicaran su nacionalidad. Precisamente porque el mosaísmo era una religión nacional no podía trocarse en la fe del género humano.

La religión de Moises se adapta al clima, y aísla á la raza elegida; en medio de que partía del dogma de la unidad, y de que predicaba el amor del prójimo, hace de los Judíos unos hombres á tal punto orgullosos é insociables, que la antigüedad los acusó de aborrecer al género humano. Necesitábase un genio más universal para desenvolver los gérmenes depositados en el mosaísmo y para extenderlos por el mundo entero. Esta misión estaba reservada al cristianismo.

El cristianismo procede de Moises y de toda la antigüedad, pero desarrollando y completando el dogma antiguo. Enseña que Dios es amor y providencia: las mismas ideas, los mismos sentimientos se encuentran en Moises, y aún en los filósofos del gentilismo. Las divinidades paganas tienen un *poder* superior al de los mortales; pero están animadas de las mismas pasiones que los hombres, y no sienten por ellos la afección que siente Dios por su criatura. Moises dice á los Hebreos que la esencia de Dios es la caridad. Esta concepción de la divinidad establece entre ella y los hombres un lazo de amor semejante, aunque superior, al que media entre el padre y sus hijos: "Yo os consolaré, dice el Eterno, como la madre que acaricia al niño que mama de sus pechos." Veamos á Platon; casi le tomaríamos por discípulo de Moises. El Dios del filósofo no es solamente inteligencia, sino también amor. Forma el universo por una afección de su bondad. Cuando siente el mundo agitándose bajo sus manos, se estremece de gozo. El amor, á los ojos de Platon, es el lazo universal de la creación, lazo que liga á los hombres entre sí y con la divinidad. La Providencia es un Dios que no abandona al hombre un solo instante, guiándole por el camino del bien y apartándole del camino del mal. "Dios, dice, es el principio, el medio y el fin de todas las cosas." Jesucristo invoca á Dios, nuestro Padre, en los cielos. El mismo pensamiento se encuentra en un poeta griego: "Padre de los dioses, dice Cleanto en una plegaria, Dios soberano á quien bajo nombres diversos se invoca y que reina solo, yo te saludo; á Ti deben todos los mortales dirigirse, porque Tú eres *nuestro Padre*." (1).

En vista de estos testimonios, ¿podrá negarse

(1) Véanse los testimonios en mis *Estudios sobre Grecia y Roma*.

que la antigüedad se ha elevado, sin auxilio de una revelación milagrosa, á la noción de Dios, tal como hoy la concebimos? ¿No ha revelado Platon al verdadero Dios, al Dios de los cristianos? Exprofeso nos colocamos en el terreno de la revelación. Un Padre de la Iglesia que pasa por el doctor de Occidente responderá por nosotros: "He tenido dos maestros, dice San Agustín, Platon y Jesucristo. *Platon me ha hecho conocer al verdadero Dios; Jesucristo me ha mostrado la vía que á él conduce.*" ¿De dónde tomó el filósofo griego esa creencia? En vano, para salvar la revelación sobrenatural, se ha imaginado hacer del discípulo de Sócrates un discípulo de los profetas hebreos. La explicación, en fuerza de absurda, sirve más bien para deponer contra la revelación. No, Platon no conoció á Jeremías en Egipto; Platon tomó su doctrina de la gran fuente donde beben todos los pensadores, de las profundidades de la conciencia humana. Lo cierto es que se ha realizado un gran progreso en las ideas religiosas por las fuerzas exclusivas de la razón; pero no separemos nunca la razón de Dios, que es su principio y su apoyo.

Platon se adelantó á la antigüedad pagana: es un precursor de Cristo. Además, en el seno del gentilismo, se realizó un inmenso progreso que le acercó al cristianismo, progreso tanto más maravilloso cuanto su punto de partida fué la diversidad, el individualismo. Si no llegó á la unidad, por lo ménos acabó por aspirar á ella; Jesús vino á satisfacer esta necesidad nueva. Cada individuo, cada familia, comenzó por tener su Dios; y ¡cosa notable! esta división religiosa no se encuentra únicamente en los Griegos, divididos desde su nacimiento; encuéntrase también en los pueblos que tenían la misión de reunir bajo sus leyes al mundo antiguo. En Roma, en una misma ciudad, patricios y plebeyos tenían diferente culto. En el seno mismo de la casta dominante, la religión se individualizaba y se fraccionaba hasta el infinito. Toda persona física ó moral tenía su Dios. Las asociaciones, conocidas bajo el nombre de *gentes*, tenían su culto que era practicado con fervor, por cuanto tocaba muy de cerca á los intereses de la familia. Las familias y los individuos tenían también su culto particular: entre el gran número de dioses recibidos en Roma, cada cual escogía un protector especial al que dirigía sus votos. Era esto, como se ve, una especie de fetiquismo.

Al adorar los hombres un solo Dios, protector de todo el pueblo, realizaron ya un gran progreso, progreso que no se cumplió sin algún trabajo aún en Roma, la ciudad de la unidad. En las religiones paganas había un espíritu de individualismo que resistía toda generalización. Los patrios, forzados á abrir sucesivamente á la plebe el acceso á las magistraturas, no se despojaron nunca de los poderes sagrados, y muchas funciones religiosas permanecieron en su exclusivo dominio. Por más que hubiera dioses nacionales, se mantuvieron los cultos particulares de las *gentes*, de las familias y de los individuos; las raíces del politeísmo eran demasiado profundas para poder fundar una religión única. El número de los dioses iba en aumento á medida que el pueblo rey avanzaba en la conquista del mundo antiguo; y á medida que otorgaba á los vencidos el derecho de ciudadanía, adoptaba también sus dioses, á fin de atraerse estos protectores divinos. Sentíase además un estímulo religioso que impulsaba á los creyentes á adorar nuevas divinidades. Precisamente la inutilidad misma de esos dioses impulsaba á sus adoradores á multiplicarlos, con la esperanza de encontrar en los cultos extranjeros el consuelo y el apoyo que las divinidades indígenas no les ofrecían. De aquí un concurso prodigioso de religiones en Roma. Varrón contaba trescientos Júpiter. El pueblo de dioses, dice Plinio, es más numeroso que los mortales. Nuestro país, refiere Petronio, está de tal suerte lleno de divinidades, que más pronto se encuentra un dios que un hombre. Tal mezcla de divinidades conduce á un vago sincretismo: no podía engendrar la unidad, y ésta era inconciliable con el paganismo.

Con todo, la aspiración á la unidad es de esencia de la religión, porque es de su esencia unir á los hombres en una creencia común. Esta aspiración se manifiesta entre los Griegos, el pueblo dividido por excelencia. La historia de los oráculos es la historia del desenvolvimiento de la unidad religiosa. Principia por una institución local, extiéndose luego á la Grecia entera, y acaba por abrazar á los pueblos bárbaros. El oráculo de Delfos, consultado por el Oriente y el Occidente, mereció ser llamado el oráculo del género humano; y, con efecto, extendía su solicitud al mundo entero. Con motivo de un hambre que los pueblos asustados consideraban como universal, Apolo respondió á

los Atenienses que cesaría cuando se hicieran votos por todos los pueblos. Hé aquí una cosa inaudita en las religiones de la antigüedad, todas imbuidas en la división que reinaba en los espíritus. Sabido es el desprecio con que los Griegos miraban á los Bárbaros; Apolo se eleva sobre estos sentimientos estrechos, y destruye la barrera que se eleva entre los hombres, reuniéndolos á todos, al ménos por un instante, en una sola plegaria, como una sola familia.

Los filósofos y los poetas abundaban en esos sentimientos, mejor dicho, tomaron su iniciativa. Eurípides, discípulo de la filosofía, vitupera la inmoralidad de los dioses de Homero, y califica de miserable invención de los poetas la historia escandalosa del Olimpo. Al politeísmo homérico sustituye el dogma de una divinidad superior á las pasiones de los mortales. La unidad, la espiritualidad, la providencia de Dios resaltan en los dramas de Eurípides, á través de las dudas de una razón que tiende á transformar las creencias populares. Pasan algunos siglos, y la idea de la unidad invade las inteligencias hasta el punto que los filósofos procuran introducirla en el seno mismo del politeísmo. Plutarco se esfuerza en probar que la diversidad de las religiones oculta una unidad superior; en su tratado sobre los dioses de Egipto, las religiones de la antigüedad, en cierta manera desnaturalizadas, toman un carácter universal: "Los dioses, dice, no difieren de un punto á otro; no hay unos dioses para los Griegos, otros para los Bárbaros, otros para los pueblos del Norte y otros para los del Mediodía. Así como el sol, la luna y la tierra son los mismos para todos, aunque lleven distintos nombres, según los diversos lugares, tampoco hay más que un Espíritu. ¿Quién dirige este mundo? Sólo hay una Providencia para gobernarle, aunque los diversos pueblos le den nombres diferentes."

La tentativa de introducir la unidad en el politeísmo no podía triunfar. Era lo mismo que si se pusiera vino nuevo en odres viejos. Partiendo del principio de la diversidad, los cultos paganos no podían llegar á la unidad. La antigüedad estaba hartamente penetrada de la idea de religiones nacionales para concebir un dogma capaz de conciliar las diversas creencias. Cuando el cristianismo proclamó la unidad de Dios y del género humano, cuando la Iglesia manifestó su pretensión

de extender su imperio sobre el mundo entero, los filósofos que habían permanecido paganos declararon que era imposible una religión universal. "Mucha ignorancia se requiere, exclama Celso, para imaginarse que los Helenos y los Bárbaros, que la Italia, la Europa y el África puedan jamás confundirse en una misma religión." Lo que la filosofía antigua consideraba imposible está en vías de realizarse. La verdad es una, la religión debe también ser una. Hé aquí el progreso realizado por el cristianismo. ¿Necesitábase para esto una revelación sobrenatural? Los filósofos y los poetas han enseñado la unidad de Dios antes de Cristo. Únicamente que lo que era filosofía debía trocarse en religión: tal fué la obra de Jesucristo.

### III.

Después de la noción de Dios, ninguna otra hay tan fundamental como la concepción de la vida (1). Ambas ideas se repelen. Si Dios se confunde con el mundo ó el mundo con Dios, no cabe la vida individual, y la palabra inmortalidad carece de sentido. Así acontece en las religiones de la India, sea en el buddhismo, sea en el brahmanismo. El panteísmo indio conduce lógicamente al aniquilamiento de la individualidad humana. Pero ¡espectáculo singular! Lo que nosotros, hombres del Occidente, consideramos como una desgracia, es para los brahmanes y los budhistas el ideal de la felicidad; nuestras aspiraciones á una vida infinita serían á sus ojos una desgracia sin término. Las miserias de la vida han hecho una profunda impresión sobre el espíritu de los Indios. ¿Cómo conciliar la desigual repartición de los bienes y de los males entre los hombres con la noción de un Sér Supremo cuya cualidad esencial es la justicia? Los brahmanes dicen que si el hombre sufre, consiste en que merece sufrir; que no explicando la vida actual la causa de su castigo, hay que buscarla en una existencia anterior. Considerada como decadencia y expiación, la vida no puede tener atractivo, viniendo á ser para el hombre lo que la prisión para el criminal. De aquí el desden hacia la existencia y cuanto le concierne.

Concíbese bien que la mayor felicidad para el hombre imbuido en tales doctrinas sea librarse de

(1) Véase mi *Estudio sobre el Oriente*.

la existencia. Pero si la muerte se considera como punto de partida de una nueva vida, no pondrá término á nuestras miserias, y los males que nos aguardan serán infinitos, como nuestra personalidad. Fuerza es encontrar un medio para librarse de esas transmigraciones. Así la felicidad suprema para los Indios estriba en dejar de vivir, en la absorción completa de la humanidad en Dios. Nunca se ha concebido una idea tan desoladora sobre el destino del hombre: nace para sufrir, muere para recomenzar el sufrimiento, y no puede esperar que cese sino dejando de vivir. Hé aquí el infierno transportado á la vida real. Tal es el fruto de una falsa concepción de Dios y de un espiritualismo insensato que ve el mal en la acción y cifra la felicidad en una vida contemplativa, ó, lo que es peor, en la nada. ¿Adónde conduce este espiritualismo desordenado en la vida real? La India, sin cesar preocupada de librarse del mal de la vida, olvidó la realidad para abismarse en el misticismo ó en el materialismo, porque ambos extremos se tocan más de lo que parece. ¿Quién sacó partido de semejantes dislates? La casta sacerdotal para eternizar su dominación.

Con placer pasamos de la India á la Persia, de las aberraciones del brahmanismo á la doctrina de Zoroastro. Todavía en ésta representa un gran papel el mal, preocupación constante de los pueblos en su infancia. Pero al paso que los Indios aceptan el mal como una emanación de Dios y como una expiación, los discípulos de Zoroastro le combaten. Ormuzd, el dios del bien, no cesa de luchar contra Ahriman, la personificación del mal, y ese combate acaba por el triunfo del bien. La resurrección es precedida de la conversión de toda la tierra al mazdeísmo: Ahriman se prosterna ante Ormuzd y se trueca en un celoso partidario del dios de la luz. El destino del hombre cambia por completo en este orden de ideas. Á ejemplo de Ormuzd, sus sectarios se dedican á combatir el mal sobre la tierra y á hacer el bien. Este deber es fuente de una actividad incesante. La misión del hombre no se reduce á la contemplación, á la inacción del asceta indio, sino al trabajo; debe esforzarse por realizar la perfección, tal cual existía antes de que Ahriman hubiera dañado la creación.

¡Cosa notable! El hombre que pasa su vida luchando contra el mal toma gusto á la existencia, y funda su ventura en renacer en cuerpo y alma;

mientras que el Indio, que pasa su vida en una ociosa contemplación, se fastidia de la existencia y la maldice como el mal de los males. ¿No será esto una prueba de que el hombre ha nacido para trabajar y no para soñar? La teología mazdeana realiza un gran progreso, ofreciendo al hombre como ideal la resurrección, en vez del aniquilamiento brahmínico. Burnouf dice que el mazdeísmo, en sus más antiguos monumentos, enseña que el hombre renacerá en cuerpo y alma. Tal es también la creencia cristiana. ¡Notable parentesco! ¿No será una filiación? Los libres pensadores así lo creen, y con más seguridad los historiadores, porque es un hecho. ¿Acaso fué Jesucristo quien primero enseñó la resurrección? No. ¿Fué Moisés? Tampoco. El mosaísmo primitivo no habla siquiera de la inmortalidad del alma; no conoce más que los bienes y los males de esta vida. ¿Cuándo aparece la creencia de la inmortalidad entre los Judíos? Á su vuelta del destierro, y presenta caracteres idénticos á los que tiene en los libros sagrados de los Persas: el cielo y el infierno, el juicio final y la resurrección de los cuerpos. La raza zenda, un pueblo del gentilismo, un pueblo extraño á las promesas, fué, pues, la que inició al pueblo de Dios en un dogma que la revelación de Moisés ignoraba. ¿No es esto un testimonio maravilloso en favor de los progresos realizados en el dominio de la religión, y al mismo tiempo en contra de la revelación sobrenatural? (1).

### IV.

La moral evangélica es ensalzada, en oposición á los libres pensadores, como una prueba de la revelación milagrosa sobre la que descansa el cristianismo tradicional. Tan perfecta es esa moral, se dice, que los hombres no alcanzan á practicarla, mucho ménos hubieran podido inventarla: se ha necesitado que el Hijo de Dios encarnara en el seno de una Virgen para que la revelara. De ser así, el Evangelio depondría contra el progreso religioso. ¿No será una ilusión esa perfección decantada de la moral cristiana? ¿No es la esencia de la predicación evangélica un espiritualismo desordenado? Los cristianos niegan este hecho. Prescindamos de él por un momento. Supongamos que la en-

(1) Véase mi *Estudio sobre el cristianismo*.